

Numéro 1-2, création

Poemas

Álvaro Salvador
alvaro@ugr.es

Citation recommandée : Salvador, Álvaro. "Poemas". *Les Ateliers du SAL* 1-2 (2012): 339-344.

UNA MUJER ESPERA EN EL ANDÉN

(Cantata para dos voces)

esperando en el andén

Una mujer está
de una estación vacía.

(José Manuel Caballero Bonald)

Apareció aquí por la mañana.
¿Estás seguro?
Sí.
Hay quien dice que fue la noche anterior.
La noche anterior o la mañana siguiente. Lo cierto es que apareció aquí sin que
/nada ni nadie la anunciara.

Dicen que vino de muy lejos.
De muy lejos, sí...
Nadie la conocía.
Al parecer, no.
Dicen que vino hasta el pueblo buscando a un hombre.
Dicen tantas cosas...
¿Tú no lo crees?
Dicen tantas cosas...
Dicen que vino aquí para matar a un hombre...
Dicen tantas cosas.
¡Y lo mató!
¡No digas eso! ¡Nadie lo sabe!
Muchos saben que vino aquí buscando a un hombre...
Quizá, puede ser, pero nunca se supo para qué.
Quien busca a un hombre lo suele encontrar.
Sobre todo si quien lo busca es una mujer.
¿Sabes quién era él?
Creo que nadie lo supo nunca.
¿Y tú tampoco...?
Nadie lo supo nunca
Dicen también que era muy guapa.
Que parecía una estrella de cine.
Bien vestida, elegante.
Me aseguraron que se cubría con un abrigo y unos guantes muy caros.
De los que nunca se habían visto hasta entonces en el pueblo.
Y un sombrero. El sombrero fue lo que más llamó la atención.
¿Tú lo viste?
Dicen que era un sombrero de fieltro como los sombreros tiroleses, pero más
/pequeño, más delicado...

Al parecer era muy alta.
Muy esbelta.
Como una estrella de cine
Con sus tacones altos, altos...
Y sus medias de cristal.
Seguramente las primeras medias de cristal que se vieron en este lugar.
Seguramente.
Dicen que vino a buscar a un hombre.
Dicen tantas cosas...También dicen que vino hasta aquí huyendo de algo.
O de alguien.

O de alguien.
De un hombre.
¿De quién, si no...?
Podía huir de sí misma.
De una parte de sí misma.
Hay quien dice que ella era de aquí...
Que ella estaba regresando a su casa.
Como una hija pródiga.
¿De quién?
No se sabe. Hay quien dice que sus padres habían muerto.
Que su familia había desaparecido.
Hay quien dice que vino a recoger una herencia.
Que su pasado estaba envuelto en una maldición.
Todos murieron en aquella guerra.
Todos murieron cuando los invasores incendiaron su casa.
Según cuentan los más viejos, nadie de la familia escapó.
Nadie.
Algunos aseguran que ella era un fantasma.
Una pobre muerta que regresó para vengar a su familia.
Para aterrorizar por la noche a los que denunciaron a sus padres.
Dicen que vino a buscar a un hombre.
Pero, muchos la vieron.
Sí, muchos aseguran que la vieron con su melena rubia sobre los hombros,
fumando y riendo en la taberna, la noche anterior
La vieron con su vestido sastre de tweed, los labios rojos como cerezas.
Un traje de hombre para una hermosa mujer.
Un traje de hombre para buscar a un hombre traidor.
Hasta el amanecer estuvo ahí sentada, en el banco de la estación.
Fumando un cigarrillo tras otro.
Desvanecido el fuego del cabello, los ojos como manchas, sin rastro de carmín.
Nadie sabe lo que esperaba ahí sentada hasta el amanecer.
Ni un solo tren pasó en toda la noche.
Ningún tren circulaba por las noches en aquellos años.
Y ella lo debía saber.
¡O no! ¿Por qué lo había de saber?
Pero estuvo ahí sentada hasta el amanecer.
Con la mirada fija, clavada en un punto de la oscuridad. No se sabe a dónde,
/no se sabe a quién.

Muchos la vieron esa noche ahí sentada.
Sí muchos pasaron por ahí esa noche y la vieron inmóvil, como un fantasma.
Era fiesta y mucha gente atravesó la estación cuando regresaban de la romería.
Alguien me contó que la había visto mientras hacía el amor con su novia.
A mí me lo contaron también, pero decían que era una prostituta.
Novia o prostituta, él estaba a horcajadas sobre ella...
Poseyéndola por detrás mientras ella miraba a la mujer sentada en el banco del
andén.
Estaban muy cerca.
Apenas unos metros. Sólo los separaban las vías del tren.
Ella no parecía verles, absorta en sus pensamientos.
Hasta que la chica gimió y la mujer pareció reparar en ellos.
Dicen que les clavó la mirada con tanta intensidad que la pareja no pudo resisitir
la turbación
y se desahogaron los dos antes de tiempo.
Al parecer la chica contó que le había sonreído.
Como una mala mujer.
Eso dijeron también.

Que era una mala mujer.
Una mala mujer que había venido en busca de un hombre.
Para vengarse de él.
Para matarlo.
La vieron beber y bailar la noche anterior en la taberna.
Hay quien dice que la oyeron incluso cantar después de medianoche.
Cantar con descaro canciones picantes.
Hasta emborracharse con los parroquianos.
Como una mala mujer.
Como una mala mujer.
A la mañana siguiente desapareció.
Nadie la vio subir al tren de las diez cuarenta, el único tren que pasó por aquí
aquella semana.
Pero desapareció.
Nadie la vio abordar ningún autobús ni caminar por la carretera polvorienta.
Había llegado la mañana anterior o la noche anterior y al día siguiente
desapareció.
Los pastores que sacaban sus cabras al clarear el día no la vieron pasar.
El cartero y el buhonero que madrugaron ese día no se toparon con ella.
Así que desapareció.
Después de permanecer toda la noche en silencio, inmóvil, sentada en ese
/banco del andén de la estación...
Desapareció.
Nadie volvió a verla.
Dicen que vino al pueblo a buscar a un hombre para vengarse, para matarlo.
Una mujer tan hermosa, tan distinguida, tan superior.
Una mala mujer.
Que llegó una mañana o una noche y estuvo ahí sentada sin moverse, con la
mirada fija, esperando no se sabe qué.
Ya nunca podrá irse porque no sabe nadie que está aquí.

CONTRA USURA

El viejo Ezra era un poeta, sólo un poeta, un poeta excepcional, un poeta judío, un poeta experimental, un poeta exótico, un poeta oriental, sólo un poeta, un poeta estadounidense, un poeta italiano, un poeta revolucionario, solamente un poeta, uno de los mejores poetas de su tiempo.

Il miglior fabbro del mundo, le escribió Thomas, dedicándole su obra inmortal, Thomas Stearns, el estadounidense británico, el protestante católico, el genio que siempre creyó en él, en su inmenso talento.

Pero al final de su vida, el viejo poeta Ezra, genial y delicadísimo, refinado y cultísimo, comprometido con su tiempo, fue detenido, humillado y encarcelado, obligado a vivir en una jaula, a la vista de todos, como un animal.

No fueron los tiranos torturadores ni los genocidas asesinos quienes encarcelaron al viejo Ezra como a un animal, no fueron los salvajes enloquecidos, ni los bárbaros ignorantes los que asaltaron su casa, confiscaron sus escritos y destruyeron sus obras, no.

Sus propios compatriotas, los defensores de la democracia, los paladines de los valores de Occidente fueron

(*With usura hath no man a house a good stone...*)

quienes lo persiguieron, lo enjaularon, lo torturaron, lo dieron por loco (*with usura*

hath no man a painted paradise on his church wall...),

lo encerraron finalmente en un manicomio como a un vegetal, Washington D.C., Santa Isabel, donde rumiara los últimos años de su vida

(*with usura, sin against nature,*

is thy bread ever more of stale rags,

is thy bread dry as paper...).

El viejo Ezra no creía en El Capitalismo

(*with usura is no clear demarcation...*)

y cometió el error de combatirlo,

el error de combatirlo con los peores aliados

(USURA IS A MURRAIN, USURA...).

El viejo y delicado Ezra, el poeta finísimo,

il miglor fabbro, se equivocó de pleitesía,

quiso adivinar en el estiércol de su demonio

(*usura slayeth the child in the womb...*)

la salvación del mundo, la salvación del arte y la belleza.

No supo ver que los cadáveres sentados al banquete

eran cadáveres invitados por la Usura.

Medio siglo más tarde,

nuevos Mussolinis esperan en las agencias,

escudriñando sus espejos líquidos tras los mostradores,

nuevos Mussolinis se esconden parapetados tras los montones de papel moneda, porque temen —o desean—

que los poetas rompan las puertas de los bancos:

CONTRA USURA.

SIERPE

Entre las formas que van hacia la sierpe...
(Federico García Lorca.)

Bajo el parral,
indolente te abismas en el libro.
La mañana está en calma,
no hace frío, ni calor,
no se oye nada...
En el azul del cielo
dos nubes muy pequeñas
atestiguan felices
la hermosura del día.

Te adentras, sin sentir,
en la maleza
del tiempo tan distinto
que el libro te promete
en cada línea.
No hace frío ni calor,
no ocurre nada...

De improviso,
por encima de páginas y símbolos,
ella se alza curiosa, exploradora,
indiferente a ti,
a la bondad del día,
a tus sueños de siempre:
SSSS....
la serpiente.